la palabra, no habia pleiteado mas que ante los tribunales ó ante el Senado; no se creia capaz aun de abordar la tribuna de las arengas y de pleitear por las causas públicas ante el pueblo. El pueblo le parecia el mas formidable y el mas delicado de los auditorios. Le conviene, decia, una elocuencia tan intrépida, tan diversa, tan súbita y tan omnipotente como él. Para conseguir esto, apenas basta la mitad de una vida.

Se aventuró á ello, por primera vez, para sostener la especie de dictadura naval y militar que se habia dado á Pompeyo y que se proponia restringir. Triunfó, y le valió dos años despues el consulado, objeto de su ambicion y fundamento de su gloria. Poco agradable á la multitud, cuyos desórdenes combatia, sin raices en la aristocracia, á la que no pertenecia por el nacimiento, no podia elevarse mas que por sus talentos y servicios á esa suprema magistratura discernida por eleccion. Dos hombres funestos que tenian á la vez á las grandes familias por la sangre, á la multitud por las cobardes adulaciones y por su complacencia en sus crímenes, Antonio y

Catilina, eran sus competidores. Comenzó por apartar á Antonio, el menos peligroso de sus dos rivales, hombre sin carácter, prometiéndole servir en su ambicion, que no era mas que vanidad, de aceptarle por colega en el consulado, y dejarle los grandes gobiernos de Italia fuera de Roma. Habiendo descompuesto así el manejo de sus adversarios, combatió tan vivamente la política plebeya y turbulenta de Catilina ante el Senado, que la aristocracia, lisonjeada de encontrar un tal apoyo, y el pueblo, celoso de asegurarse una tal elocuencia, le nombraron, no por escrutinio, sino por aclamacion, cónsul con Antonio. Cumplió su palabra á su colega, y le hizo dar lo que deseaba, el gobierno de la Italia. En cuanto á él, quedó en Roma para perseverar la república de las agitaciones y de las subversiones que la amenazaban todos los dias durante la ausencia de Pompeyo, entonces en Asia.

XXI.

Las circunstancias supremas no tardaron

en estallar. Independientemente de los grandes ejércitos militares de que hemos hablado, ejércitos representados en Mario, en Sila, en Pompeyo y despues en César; independientemente tambien de los ejércitos permanentes de los patricios y de los plebeyos que despedazaron la república despues de algunos años, habia en Roma un ejército de la anarquía, de la demagogia y del crímen, que aventajaba á todos los demás y no aguardaba, para trastornarlos y sumergirlos en su propia sangre, mas que la ocasion de una guerra civil ó de una debilidad del gobierno. Los elementos de este ejército impío, que hervia siempre en la escoria de las sociedades viejas y enfermas, eran desde luego el populacho, espumajo del pueblo que se impregna y se corrompe de todos los vicios del tiempo, y que flota en la superficie de las populosas ciudades al viento de todas las sediciones. Eran despues los libertos, los proletarios y los esclavos, despreciados por las leyes fuera de los derechos de los ciudadanos, y siempre prontos á destrozar el cuadro de las leyes que no se estendia para darles un justo puesto; eran

aun esa multitud de soldados licenciados de Sila, de Mario, del mismo Pompeyo, á quienes se habia distribuido tierras en determinadas partes de Italia, pero que despues, cansados de su ociosidad en esas colonias militares, donde habiendo agotado prontamente con la prodigalidad de nuevos, enriquecian su fortuna, y apetecian hacerse otra prestando sus armas á las sediciones de la patria. En fin, habia un corto número de jóvenes de las primeras casas de Roma, tales como Clodio, César, Catilina, Creso, Cetego, quienes habiendo guardado el crédito, perdiendo las virtudes de sus antepasados, corrompidos de costumbres, pervertidos de licencia, arruinados por sus prodigalidades, señalados por sus escándalos, indiferentes en opinion, ávidos de fortuna, haciendo traicion á su sangre, á su casta, á sus tradiciones, á la gloria de su nombre, se hacen los aduladores, los instigadores, los tribunos, los cómplices enmascarados y desenmascarados del populacho, y buscan su riqueza perdida y su grandeza futura en el abismo de su patria!

010049

XXII.

Véase cuáles eran en Roma, en el momento en que Ciceron alcanzaba el poder, los fermentos y factores de trastorno. El jefe momentáneamente reconocido de todas estas facciones ligadas para la ruina de la república, si es que la anarquía puede tener un jefe, era Catilina.

Catilina, hombre de sangre ilustre, de temple varonil, de una audacia pertinaz que el pueblo toma frecuentemente por grandeza de alma, de una celebridad militar, sola cualidad que no se le puede disputar, de una de esas elocuencias depravadas que saben hacer hervir los vicios en las partes vergonzosas del corazon humano, sospechoso, si no convicto, de muerte de un hermano, de asesinatos en la via Apia, de envenenamientos secretos, de licencias casi tan infames como los crímenes, pero bastante insolente de su nacimiento, bastante fuerte por su popularidad, bastante pronto en la venganza, y en fin, bastante prevenido de coaliciones secretas con César, Clodio, Creso y otros senadores, lo era tambien,

para que un cierto crédito cubra su dudoso renombre, para que ninguno ose reprocharle en público los delitos de que muchos le acusan en secreto; Catilina era tambien pretor, y habia elevado su ambicion hasta el consulado. Apenas habia sido precipitado en su esperanza por el triunfo del grande orador, cuando medita derribar lo que no habia podido conquistar, asesinar al cónsul, proscribir una parte del Senado, llamar los soldados licenciados, los proletarios, los esclavos al asalto de Roma, y hacer nacer en esa conflagracion de todas las cosas una ocasion de desquite y una dictadura de crímen para él y para sus cómplices. Si el mismo César no era un cómplice, era al menos un confidente mudo y quizá impaciente del éxito de la conspiracion.

XXIII.

Al inmenso ruido de una tan vasta conspiracion de la que solo las cabezas estaban retiradas, pero cuyos miembros descubrian en todas partes la existencia, Ciceron reune el Senado y requiere á Catilina á confesar ó á negar su crímen.

«¡Mi crímen! responde insolentemente el faccioso. ¿Es, pues, un crímen querer dar una cabeza al poder decapitado de la multitud, cuando el Senado, que es la cabeza del gobierno, no tiene cuerpo y no puede nada por la patria?»

A estas palabras, Catilina sale, y el Senado, asombrado de tanta audacia, dá la dictadura temporal á Ciceron para salvar á Roma.

Catilina no se duerme despues de una tan franca declaracion de guerra á su patria. Envia á Manlio, uno de sus cómplices, quien mandaba un cuerpo de veteranos en Toscana, la señal de sublevar á sus soldados y de marchar sobre Roma. A cada uno de los conjurados les dá un barrio de la ciudad, quienes á una misma hora deben reunir el pueblo y dirigir el movimiento. Las armas, las antorchas están dispuestas, señalados los edificios, contadas las víctimas: Ciceron es la primera. En la sangre de su primer ciudadano debian los malvados sepultar las antiguas leyes de Roma. Una mujer ilustre, querida de uno de los jóvenes patricios asociados al complot, corre por la noche á

advertir á Ciceron para que cierre al dia siguiente su casa á los sicarios. Se presentan en efecto armados al amanecer en la puerta del cónsul, de quien tenian prometida la cabeza; la encuentran guardada por un puñado de buenos ciudadanos. Viviendo Ciceron, la ciudad tiene un centro, las leyes una mano, la patria una voz, el Senado un guia. La ejecucion del complot es aplazada. Ciceron no aplaza la vigilancia: convoca al Senado á la primera hora del dia en el templo fortificado de Júpiter *Stator* ó conservador de Roma. Catilina osa presentarse allí, convencido de que la falta de pruebas contra él atestiguará su inocencia, ó que la audacia intimidará al cónsul. A su entrada en el Senado, todos los senadores se separan de Catilina, como para preservarse del contagio ó aun de la sospecha del crímen. El horror ante la ley, hace el vacío al rededor del conspirador. Ciceron indignado, pero no intimidado, se levanta y dirige al enemigo público el terrible y elocuente apóstrofe que ha dejado sobre el nombre de Catilina la misma huella que el fuego del cielo deja sobre un monumento arruinado.

El pensamiento se precipita allí sin aliento, en palabras cortas, como si la impaciencia y la indignacion ahogasen el génio. Hé aquí algunas palabras que harán juzgar al orador y al criminal:

XXIV.

«¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? ¿cuánto tiempo se ha de estar burlando de nosotros ese tu furor? ¿A qué término llegará esa tu desenfrenada audacia? ¡Cómo! ¿Ni la guardia nocturna del monte Palatino, ni las fuerzas esparcidas en toda la ciudad, ni la consternacion del pueblo, ni el concurso de todos los hombres de bien, ni el lugar fortificado escogido para esta Asamblea, ni las miradas indignadas de todos los senadores, nada ha podido retraerte? ¿No ves que tus proyectos están descubiertos? ¿que tu conspiracion está rodeada de testigos, encadenada por todas partes? ¿te parece á tí que hay aquí alguno que no sepa qué hiciste esta noche, qué anteanoche, dónde estuviste, á quién convocaste y qué resolviste?

¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! Todos estos complots, el Senado los conoce, el cónsul los vé, y Catilina vive todavía! Vive, ¿qué digo? viene al Senado y es admitido entre los consejeros de la República; y con la vista destina á cada uno de nosotros á la muerte. Y nosotros, muy preciados de hombres de fortaleza, creemos cumplir con la República con huir el cuerpo á los tiros de este furioso.

Mucho tiempo há, Catilina, que convenia que el cónsul te pusiera en un suplicio, y descargase sobre tu cabeza el golpe mortal que tanto há dispones tú descargar sobre todos nosotros. ¿Acaso pudo el esclarecidísimo P. Escipion, Pontífice Máximo, no siendo mas que un particular, dar muerte á Tiberio Graccho, que alteraba en parte la Constitucion de la República, y nosotros, siendo cónsules, hemos de sufrir á Catilina, que á todo el orbe quiere destruir á sangre y fuego? Porque no quiero traer á la memoria aquellos tiempos antiquísimos, cuando Q. Servilio Ahala dió de puñaladas á Spurio Melio, porque pensaba en novedades. Hubo, hubo en otro tiempo en nuestra

República esa virtud en los varones fuertes de castigar con mas rigor al ciudadano pernicioso, que al mayor enemigo. Pues tenemos, Catilina, contra tí un decreto del Senado, fuerte y severo. No falta á la República, ni el consejo, ni la autoridad de este órden: nosotros, nosotros los cónsules, dígolo claramente, somos los que la faltamos.....

Reconoce por fin conmigo aquella noche pasada. Ya entenderás que estoy mas alerta para salvar á la República, que tú para arruinarla. Digo que la noche pasada fuiste entre una tropa de espadachines (no me andaré con rebozo) á casa de M. Leca: que concurrieron al mismo lugar muchos cómplices en tu locura y maldad. ¿Te atreves á negar esto? ¿Por qué callas? te convenceré, si lo niegas; aquí en el Senado estoy viendo algunos que se hallaron allí contigo.

¡Oh dioses inmortales! ¿en dónde estamos? ¿en qué ciudad vivimos? ¿qué República es la nuestra? Aquí, aquí entre nosotros, padres conscriptos, en este consejo, el mas sagrado y grave del orbe, tenemos á los que piensan en mi muerte, y la de todos

vosotros, la de Roma, la del mundo entero. A estos está viendo el cónsul, y les pregunta su parecer sobre la República; y á unos hombres, que fuera razon hacer piezas á cuchilladas, ni aun con las palabras los vulnera. Te hallaste, pues, Catilina, en casa de Leca aquella noche, distribuiste la Italia por partes, determinaste á dónde querias que fuere cada uno, hiciste eleccion de los que habian de quedar en Roma y de los que habias de sacar contigo, señalaste los parajes por donde se habia de incendiar la ciudad, aseguraste que tú saldrias muy presto: mas digiste que necesitabas dilatar tu partida, porque yo vivia. No faltaron dos caballeros romanos que te sacasen de ese cuidado y se ofreciesen á matarme en mi cama aquella misma noche, un poco antes de amanecer. Todas estas cosas averigüé yo apenas acababa de disolver vuestra junta: fortifiqué y aseguré mi casa con mas gente, y negué la entrada á los caballeros que tú habias enviado á saludarme de madrugada, que fueron los mismos que yo habia prevenido á muchos sugetos del mayor carácter, que á aquella hora irian á verme...

¿Puede serte gustosa, Catilina, la luz que nos alumbra, el aire que respiramos, cuando sabes que no hay ninguno entre todos estos que ignore que la víspera de las kalendas de Enero, el último dia del consulado de Lépido y de Tulo, te hallabas en la plaza de los Comicios, armado de un puñal; que juntaste gente para matar á los cónsules y principales de la ciudad; que se frustró tu furioso y execrable intento, no por alguna consideracion que hicieses, ó por temor que concibieses, sino por la fortuna del pueblo romano? Y no quiero decir nada de aquellos otros atentados; porque ó son sabidos, ó sucedieron poco despues. ¿Cuántas veces intentaste quitarme la vida, tanto estando nombrado cónsul, como cuando ya lo era? ¿Cuántos tiros tuyos disparados con tal tino, que parecia imposible librarme, con solo ladearme un poco, y como dicen, hurtando el cuerpo, los evité yo? Nada tratas, nada pretendes, nada ideas que yo no sepa á tiempo. Y sin embargo, no desistes de tus intentos y esfuerzos. ¿Cuántas veces se te ha sacado ya ese puñal de las manos? ¿Y cuántas por alguna casualidad se te cayó,

y se te escurrió de entre ellas? Y con todo eso no puedes estar sin él mucho tiempo. Cierto yo no sé con qué ceremonias le has consagrado, cuando tienes por preciso clavarle en el pecho de un cónsul.

¿Mas ahora qué vida es esa tuya? Porque ya quiero hablar contigo en términos que parezca me mueve la compasion, que totalmente desmereces, y no el ódio, de que eres digno. Entraste poco há en el Senado. ¿Quién de este tan numeroso concurso, de tantos amigos y parientes tuyos te saludó? Si no hay memoria de que esto haya pasado á ningun otro, ¿aguardas á que te afrenten con las palabras, cuando tienes sobre tí el severísimo juicio de su silencio? Y la circunstancia de que á tu llegada quedaron esos asientos desocupados y todos los consulares, que muchas veces has destinado á la muerte, apenas te sentaste, dejaron desamparados y vacíos los asientos que están á tu lado, ¿cómo piensas llevar esto? A fé mia que si me viera temido de mis mismos esclavos en la forma que tú te ves de todos tus compatriotas, pensaria en dejar mi casa: ¿Y tú no piensas en dejar la ciudad? Y si

llegara á caer, aunque sin culpa mia, en tan atroz sospecha y ódio de mis conciudadanos, elegiria antes privarme de su vista, que el ser mirado de todos con malos ojos. Y tú, que por el remordimiento de tu conciencia conoces que el ódio universal que se te tiene es justo, y está muy de antemano merecido, ¿no te determinas á huir de la vista y presencia de aquellos cuyos ánimos ofendes? Si tus padres te temieran y aborrecieran, y no los pudieras aplacar por ningun medio, me parece á mí que te irias de su vista á otra parte. Ahora, pues, la patria, que es nuestra madre comun, te aborrece y teme, y ya tiempo há que está en la inteligencia de que tú en nada piensas, sino en su ruina. ¿No respetarás su autoridad, no seguirás su dictámen, no temblarás de su fuerza? Ella trata contigo, Catilina, y en cierta manera sin hablar te dice: —Ninguna maldad se ha hecho ya há tantos años, que no fuese por tí: ningun escándalo sin tí: solo tú é impunemente diste la muerte á muchos conciudadanos, y maltrataste y robaste á los aliados: tú pudiste no solo menospreciar las leyes y pesquisas,

sino tambien echarlas por tierra y hollarlas. Pero lo pasado, aunque no era de sufrir, con todo lo toleré como pude. Mas el que ahora esté toda en contínuo sobresalto por tí; que á cualquiera ruido tiemble á Catilina; que me parezca que no se puede tomar resolucion ninguna contra mí que desdiga de tu maldad, estas ya no son cosas que se puedan sufrir. Y así vete y sácame de este susto: si es fundado, para que no me vea oprimido, y si no lo es, para que deje por fin algun dia de temer...»

XXV.

La elocuencia humana rara vez se eleva á tanta altura como en esta lucha, cuerpo á cuerpo, entre Ciceron y los cómplices de Catilina. En cuanto á la conspiracion en sí misma, presentaba sin duda mas superficie que profundidad, y mas ocasion para la elocuencia, que peligro real al heroismo del cónsul.

Catilina era en el fondo uno de esos aventureros á quienes alguna vez los políticos perversos animan con sus connivencias se-

cretas, como se ha visto en nuestras revoluciones modernas, pero á los cuales todo el mundo execra y desconoce cuando se presentan, porque escandalizan aun en el crímen.

Nadie en Roma se atreve á defender á Catilina. La patria fué salvada de un fantasma mas bien que de un opresor por Ciceron.

Pocos dias despues muestra una resolucion mas firme, pero fué una resolucion contra los vencidos. Algunos cómplices de Catilina, quedados en Roma, despues de su partida, y convictos de correspondencia con él, son cogidos y aprisionados por el cónsul. Inmolarlos sin juicio y á pesar de las leyes protectoras de la vida de los ciudadanos, era asumir la responsabilidad mas terrible; soltarlos era proclamar la impunidad de los complots.

Ciceron somete el problema al Senado.

César los defiende con el desden y la proteccion del desprecio, pero con la habilidad de un cómplice.

El Senado vacila; Ciceron se obstina, se indigna, levanta la cólera abatida de los

senadores, pide la muerte y la obtiene en nombre del peligro público.

Al salir del Senado, hace ejecutar de su sola autoridad, á Léntulo, á Cetego, á todos los sospechosos del partido de Catilina; despues, retirándose intrépidamente de la prision donde acaban de espirar bajo sus lictores, y pasando delante de los grupos de sus partidarios que esperaban su suerte:

«Han vivido!» dice desafiándolos con la mirada.

Y dá gracias á los dioses por la salvacion de Roma.

La faccion de Catilina, talmente reprobada, que no habia podido sacar de Roma con él mas que trescientos malvados perdidos de opinion y de fama, fué batida en un dia en Florencia, como lo habia sido en una noche en Roma.

XXVI.

El consulado de Ciceron acabó en el terror de los facciosos y en el reconocimiento de los buenos ciudadanos. César y su partido, entonces naciente, mas temible que el

de Catilina, opusiéronse solos á lo que Ciceron dió cuenta al pueblo de las medidas que habia tomado y de la sangre que habia derramado.

«Y bien, dice Ciceron apareciendo en la tribuna, donde César, pretor, le rehusa la palabra, no haré una arenga, pero sí un juramento.

Juro, esclama Ciceron atestiguando con su conciencia, su patria y los dioses, juro que he salvado la república!»

César y sus cómplices protestaron en vano con su silencio contra la muerte de sus amigos; el pueblo entero aplaude el testimonio del salvador de Roma, y le acompaña respetuosamente hasta el umbral de su casa. Algunos dias despues se le decretó el título de *Padre de la patria*. Los emperadores se arrogaron mas tarde este título. Roma libre le dió ella misma, y por la primera vez, á Ciceron. Las ciudades de Italia le levantaron estátuas como á un Dios. Le llamaban el segundo fundador de Roma.

XXII.

Esta fué la cima de su gloria y de su fortuna: la envidia allí le esperaba. La república estaba en tal estado, que no tenia lugar para un ciudadano tan honrado y tan glorioso. Toleraba los grandes talentos y las grandes celebridades, pero con la condicion de que fueran aliadas á los grandes vicios. Todos los partidos tenian interés en separar á Ciceron, porque todos tenian alguna complacencia infame ó criminal que pedirle. Cuando las naciones están decididas á perderse ó á marcharse, separan á los grandes testigos que les harian sonrojar de su bajeza. Tal era Roma en estos años que precedieron á la usurpacion de César y al anonadamiento de la república.

Despues que Pompeyo, tantas veces cónsul y triunfador, volvió á Roma, y César se engrandeció en ambicion, en intriga, en popularidad y en gloria, Roma estaba dividida en tres partidos que marchaban con paso casi igual á la ruina de la libertad.

El primero y mas poderoso era el de Pompeyo, ídolo del Senado, querido de los